

LUIS GARCÍA JAMBRINA

Así en la GUERRA como en la PAZ



LUIS GARCÍA JAMBRINA
ASÍ EN LA GUERRA COMO EN LA PAZ



© Luis García Jambrina, 2023
© por el mapa, CalderónSTUDIO®
© Editorial Planeta, S.A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2627-2023

ISBN: 978-84-670-6757-6

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Rodesa, S. A.
Impreso en España-*Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Nos habían prometido la gloria, pero nada saldría como nos habían asegurado. Nosotros, sin embargo, no lo supimos ver. Por eso nadie podía imaginar, cuando llegamos a Salamanca para defender la causa española, lo que sucedería poco tiempo después. Nada en el horizonte lo hacía presentir ni presagiar. Las tropas de Napoleón habían invadido Portugal y habían aprovechado su paso por la península para ocupar también Madrid y otros lugares; como sus aliados que eran, los españoles les habían dejado la llave para que pudieran pasar por su territorio, pero ahora los franceses se querían quedar también con la casa. Dado que el pueblo luso era un antiguo amigo de Gran Bretaña, esta había decidido acudir de inmediato en su auxilio. España, por su parte, a pesar de ser un tradicional enemigo de los ingleses, había requerido también su ayuda para librarse de los franceses. Y allí estábamos nosotros, pues al Reino Unido no le interesaba que Francia creciera y se adueñara del continente europeo.

Ese 13 de noviembre de 1808 había amanecido soleado, sin una sola nube; aunque hacía algo de frío, el viento apenas soplaba y hasta daba gusto caminar por el sendero ligeramente embarrado. Nos habíamos puesto en marcha muy temprano, con las primeras luces del alba, con el fin de llegar a nuestro destino antes de que la jornada acabara. En la anterior, habíamos atravesado un extenso bosque rumoroso y por la noche no pararon de aullar los lobos, que parecían demasiado cercanos, y apenas conseguí dormir.

Conforme avanzábamos, la vegetación fue desapareciendo y el paisaje no tardó en convertirse en una llanura parda y polvorienta sin apenas árboles ni arroyos ni poblaciones, muy diferente, por tanto, al de mi Irlanda natal. A la caída de la tarde avistamos por fin la ciudad, encaramada sobre varios cerros; desde lejos daba la impresión de que las torres de las iglesias, conventos y palacios estuvieran ardiendo bajo los últimos rayos de sol. Luego supe que era un efecto producido por la piedra arenisca con la que estaban contruidos y que, por ese motivo, la llamaban la ciudad dorada, y vaya si lo era.

Tras cruzar el puente romano y atravesar la muralla por la puerta del Río, la que daba al sur, nos adentramos en sus empinadas y estrechas calles. En ellas nuestros soldados fueron recibidos con grandes muestras de júbilo, como si fueran sus salvadores. «¡Vivan los ingleses!», gritaban unos. «¡Mueran

los franceses!», clamaban otros con más fuerza. Algunos hombres se acercaban a los soldados de infantería y les ofrecían sus botas de vino, que estos aceptaban de buen grado, pues venían resacos y sedientos del camino. También había algunas mujeres entre los asistentes, todas ellas vestidas de manera muy sencilla, en su mayoría de negro, que nos saludaban con gran afecto y simpatía, aunque discretamente.

En Salamanca teníamos que esperar a que llegaran las tropas del general Hope, que era el encargado de conducir la artillería pesada, pues el comandante en jefe había decidido que viajaran por otra ruta más apropiada, dando un rodeo bastante considerable. Más tarde supo que la información que le habían dado sobre los caminos portugueses no era cierta, y ello lo volvió muy desconfiado, hasta el punto de que ya solo parecía fiarse de sí mismo. Por lo demás, no sabíamos cuánto tiempo tendríamos que permanecer allí antes de ponernos de nuevo en marcha para entrar en guerra.

Según me dijeron, la ciudad tenía unos quince mil habitantes, muchos de ellos estudiantes, repartidos en más de tres mil casas, catorce conventos de monjas, veinticuatro de frailes y cuatro colegios mayores y trece menores, por lo que había más vecinos «inútiles», que ni trabajaban ni pagaban impuestos, que «útiles». Toda ella estaba encerrada en su recinto amurallado y tenía nada menos que veintisiete

parroquias. Los encargados de la intendencia nos fueron distribuyendo por diferentes lugares, lo que no provocó ningún incidente, pues la mayoría de los salmantinos se mostraban dispuestos a acogernos con alegría, dado que habíamos ido en su ayuda para combatir a los franceses y echarlos de sus tierras, y con este fin pusieron a nuestra disposición más de medio centenar de grandes edificios, entre ellos el hospital viejo y varios colegios y conventos, diversos albergues y mesones y numerosas viviendas particulares, con lo que casi todo el vecindario tuvo que soportar nuestra incómoda presencia, hasta el punto de que la población se duplicó con creces durante un tiempo, con todo lo que esto supone. Los oficiales, naturalmente, se alojaron en palacios, como el de Monterrey, y casas de hidalgos, que, aunque eran muy espaciosas, no solían estar muy bien amuebladas ni acondicionadas.

A las mujeres que acompañábamos a la tropa, algunas de ellas con niños de corta edad, nos alojaron sobre todo en conventos femeninos, pero también en otros lugares. A mí me tocó en suerte el de Santa Clara, situado al este de la ciudad. Se trataba de un edificio muy antiguo que había sido ya reformado varias veces a lo largo de su historia. Mientras entrábamos, las monjas clarisas nos miraron con curiosidad y cierto recelo, todo hay que decirlo, especialmente la abadesa, de rostro tan severo que asustaba un poco.

Para las hermanas, la mayor parte de nosotras éramos unas paganas, y, a juzgar por sus gestos de desagrado, debían de pensar que también ejercíamos como mujeres de mala vida en el campamento. Seguramente fuera por nuestra desordenada manera de vestir y el pésimo estado de nuestra ropa, así como por nuestro pelo, sucio y descuidado; o tal vez por el calzado que llevábamos, que por lo general eran botas militares, mucho mejores para caminar que aquellos zapatos con los que habíamos embarcado; o puede que por nuestro carácter atrevido y desenvuelto.

Lo cierto era que nuestra presencia las incomodaba. De hecho, muchas monjas nos rehuían o nos negaban el saludo, lo que, naturalmente, iba en contra de las enseñanzas del propio Jesucristo y de lo que predicaban las obras de misericordia de la Santa Madre Iglesia que yo había estudiado en la parroquia. Otras, sin embargo, parecían dispuestas a aprovechar la ocasión para tratar de redimirnos y devolvernos al redil, como si fuéramos ovejas descarriadas, lo que hacía que nos sintiéramos un poco como peces fuera del agua.

Aunque entre nosotras no había diferencias ni jerarquías, desde un principio mis compañeras habían decidido que fuera yo una de las encargadas de tratar con las monjas. De modo que me dirigí a las hermanas para preguntarles si por casualidad alguna hablaba inglés. Entonces una de ellas se adelantó

y, tras saludarme de forma efusiva, dijo que se llamaba sor María y que era la bibliotecaria del convento. Hablaba un inglés casi perfecto, sin apenas acento ni titubeos, desde luego mejor que el mío, que resulta un poco impostado. Después de comentar con ella algunos pormenores relativos al alojamiento, me preguntó cuál era mi nombre.

—Catherine o Cathy, que es como me llaman ellas —le dije yo, refiriéndome a mis compañeras.

—O sea, Catalina —indicó la hermana, complacida.

Sor María era bajita y regordeta, con la cara muy pálida, la mirada limpia y azul y una sonrisa permanente a pesar de las circunstancias. Tenía las manos pequeñas y llenas de heridas y durezas, como de trabajar también en la huerta. Según me dijo, había aprendido a hablar en inglés en su infancia con una institutriz, pero no quiso entrar en detalles. Mientras nos conducía a los dormitorios, quiso saber si todas las forasteras éramos cristianas. Yo le aseguré que la mayoría éramos irlandesas y, por lo tanto, católicas, y eso pareció tranquilizarla un poco. No obstante, le comenté que algunas eran anglicanas, pero que no debía tener ningún miedo de ellas, pues no eran ni peores ni mejores que las demás, y que su principal defecto era el de ser inglesas o escocesas, y, por lo tanto, engreídas, pero que de eso ellas no tenían la culpa, o tal vez sí, añadí guiñándole un ojo.

—¿Y por qué viajáis con las tropas británicas?
—inquirió sor María a continuación, con mucha curiosidad.

—Somos esposas de soldados —le contesté.

—¿Esposas de soldados?! —se extrañó.

De forma muy sucinta, le comenté que a algunas nos estaba permitido acompañar a nuestros maridos en campaña, siempre que fuéramos hacendosas y de buena reputación, y eso le produjo gran admiración y sorpresa, ya que no sabía que tal cosa fuera posible, ni mucho menos deseable para las mujeres, debido a los peligros y las penalidades asociados a la vida militar. Parece ser que, para ella, las mujeres éramos de Venus y los hombres, de Marte, y ambos mundos resultaban incompatibles.

—¿Acaso no te da miedo la guerra o el mero hecho de tener que vivir en un cuartel o en un campamento? —me soltó.

Yo le confesé que, por supuesto, me aterraba todo aquello, pero que había otras cosas que me causaban también mucha angustia y miedo, como el hambre, la miseria o la soledad; y que, bien mirado, la guerra lo único que hacía era agravar o empeorar un poco más las cosas, dado que, para la mayoría, la vida entera era ya una lucha continua por la supervivencia. Ella me indicó que entendía muy bien lo que le decía y que eso era precisamente lo que había llevado a muchas de sus hermanas —no a ella, aclaró, muy digna— a ingresar en el convento, donde al

menos podían comer y sentirse seguras y acompañadas.

—Conozco algún caso —corroboré yo.

—¿Y tú nunca pensaste en hacerte monja? —preguntó de pronto con expresión candorosa.

—Puede que alguna vez —reconocí—, pero no me pareció cosa fácil, pues hacía falta una dote que mis padres no tenían, y tampoco creo que hubiera podido soportarlo —añadí con un gesto de impotencia.

—¿A qué te refieres?

—A los votos. No al de pobreza —precisé—, que a ese estoy muy acostumbrada desde niña, sino a los otros.

—¿Y eso cómo lo sabes si no lo has intentado? —me replicó sor María.

—Porque la carne es débil, hermana —señalé yo por toda explicación—. De ahí que prefiriera casarme con un guapo mozo del que estoy muy enamorada.

—Pues yo estoy desposada con Cristo, que es quien me ayuda, por cierto, con los votos, sobre todo con el de pobreza, que es el que a mí más me cuesta, dado mi origen —me explicó ella con naturalidad.

—Cada una tenemos nuestra cruz —bromeé yo.

El convento era tan grande que había sitio de sobra para albergarnos a todas con relativa comodidad. La mayoría se instalaron en los dormitorios

colectivos de las novicias y algunas tuvimos el privilegio de disponer de celdas, pues varias estaban vacías. Cada una de estas contaba con dos camas, con su jergón, manta y cabezal; y yo me las arreglé para compartirla con mi amiga Bridget, más conocida como Biddy y mayor que yo, a la que había conocido poco después de llegar a Portugal y con la que muy pronto hice buenas migas. Era esposa de un soldado ya veterano, Dan Skiddy, por el que siempre se desvivía, y de niña había tenido la oportunidad de recibir alguna instrucción en la casa donde trabajaba su madre como sirvienta. Su aspecto era más bien corpulento; el pelo rubio, el rostro sonrosado, los ojos azules, la nariz chata y la barbilla redondeada. Tenía tanta vitalidad que, solo con verla, ya te sentías alegre y llena de fuerza.

La vida en el convento era muy tranquila —demasiado, diría Biddy— y estaba pautada por las horas canónicas, que dividían el día en siete partes en función de los diferentes oficios y rezos. Allí, pues, no parecía que España estuviera en guerra contra los invasores franceses. Tampoco se pasaba ninguna necesidad, dado que cultivaban una buena huerta y hasta poseían algunos animales, como vacas, cerdos, gallinas y conejos; y, por si esto fuera poco, fabricaban bizcochos y pastas, que luego vendían en algunos puestos del mercado y que, a ratos, hicieron

nuestra estancia mucho más dulce y llevadera, aunque no para todas. Las inglesas siempre andaban poniendo pegas a casi todo, ya que eran muy tiquismiquis, especialmente en cuestiones religiosas.

Pese a ello, debo decir que, al igual que las demás, yo echaba mucho de menos a mi marido, debido a que apenas nos podíamos ver. Y es que, como las monjas nos recordaban a cada instante, aquello era un convento de clausura y, por lo tanto, los hombres no podían entrar en él ni siquiera de visita, que ya bastante habían hecho ellas con acogernos a nosotras, de lo que cada vez estaban más arrepentidas. Si a eso añadimos que a Niall, mi esposo, le habían dado albergue en un convento de frailes, donde yo tampoco podía poner el pie, y que fuera de allí era casi imposible que nos viéramos con un poco de intimidad y comodidad, se entenderá por qué yo estaba algo alterada.

En mi descargo, puedo argüir que los dos estábamos locos de amor y que no hay nada que más se desee que aquello que nos ha sido prohibido. De modo que tuvimos que ingeniárnoslas para que mi marido pudiera acceder al convento, después de completas, por una puerta falsa que me había mostrado sor María e irse antes de maitines, tras visitarme en la celda en la que me habían acomodado, mientras mi compañera Bidy se escapaba por la misma puerta y se iba a dormir con su esposo al convento en el que estaba alojado, con gran peligro

de que nos descubrieran y nos excomulgaran a todos, lo que, en verdad, nos parecía muy excitante. Y me consta que algo parecido hacían otras compañeras. Espero que Dios sepa perdonarnos por ello.

Pero eso era por las noches. Durante los días en que estuve en las Claras, sor María, que fingía no estar enterada de mis artimañas, me enseñó a hablar español a cambio de que yo la ayudara en las tareas de la biblioteca, cosa que me complacía mucho, pues jamás había visto tantos volúmenes juntos. Ella era muy buena maestra y en poco tiempo aprendí lo suficiente para entender lo que se decía a mi alrededor o para poder comprar pan o algún otro alimento en los puestos del mercado, cerca de la plaza Mayor. Una tarde, cuando estábamos de cháchara, a la hermana la sorprendió descubrir que yo supiera leer y escribir con soltura y fuera aficionada a los libros, a pesar de ser una mujer de origen humilde, pues era hija de campesinos irlandeses. Mi instrucción era algo que, por lo general, yo había mantenido oculto, entre otras razones porque, hasta hacía muy poco, mi marido no era capaz siquiera de firmar un triste documento. De hecho, el día en que nos casamos el pobre se limitó a poner una cruz en el papel que le tendió el sacerdote y yo decidí hacer lo mismo con el fin de que no se sintiera incómodo ni avergonzado ni inferior a mí. Como bien sabía por mis hermanos, los hombres son siempre muy susceptibles con esas co-

sas; los dos eran mayores que yo y siempre estaban picados conmigo porque era más resuelta que ellos.

Fue precisamente el cura de mi parroquia, allá en Irlanda, el que me enseñó a leer y escribir cuando tenía ocho años. Desde muy niña siempre he sido despierta y decidida, y él debió de fijarse en mí una tarde mientras jugaba alegremente en el atrio de la iglesia con las amigas o me quedaba ensimismada mirando las inscripciones de algunas lápidas. De modo que un domingo, después de la misa, le sugirió a mi madre que me llevara un rato por las mañanas a la casa parroquial, con el fin de que pudiera enseñarme las letras, propuesta que a mi madre no le gustó nada, pues era de naturaleza desconfiada, y menos aún a mi padre, al que nada que tuviera que ver con la Iglesia o con su hija solía parecerle bien. Pero ¡cómo iban ellos a oponerse a la voluntad de un hombre de Dios!

El caso es que el párroco me sentaba en sus rodillas ante la mesa de su escritorio y con una mano me mostraba cómo había que realizar los trazos con el lapicero en el cuaderno, mientras que con la otra no paraba de toquetearme por debajo del vestido. Por supuesto, yo entonces no era muy consciente de lo que pasaba. Estaba tan absorta en la tarea que me encomendaba, tan fascinada por las formas de las letras que no prestaba atención a lo que él me hacía, ni siquiera cuando se desabotonaba una parte de la sotana y me ponía encima de su regazo, jadeando

y con la respiración muy acelerada, que parecía un caballo desbocado. Pero yo no acertaba a ver en ello ningún mal; más bien debía de considerarlo un simple juego o un pasatiempo. Por lo demás, él era muy amable o, al menos, lo simulaba con gran convicción.

Como me portaba muy bien y nunca protestaba ni me quejaba, algunas veces el párroco me regalaba un cuaderno o un libro, para cuando supiera leer, ya que, según me dijo, había observado que me quedaba embobada mirándolos en las estanterías, como si fueran objetos sagrados o mágicos, y eso a él debía de excitarlo sobremanera. No sé por qué, yo no se los mostraba nunca a mis padres ni a mis hermanos y, tan pronto entraba en mi cuarto, los escondía detrás de un armario, en mi cueva del tesoro particular, donde fui reuniendo una buena biblioteca, que luego me sería de gran provecho y me serviría de consuelo, diversión y acicate, sobre todo en los momentos de mayor tribulación. Según mi experiencia, si sabes leer y tienes libros, nunca te aburres y las tristezas se olvidan pronto.

Así estuvimos durante varios meses, cinco días por semana, salvo que fueran fiestas de guardar. Hasta que una mañana mi madre acudió a buscarme antes de la hora convenida, porque tenía que volver pronto a casa, y lo descubrió todo. Naturalmente, al cura no le dijo nada ni puso el grito en el cielo, como solía hacer cuando se enfadaba. Tampoco

él se mostró azorado ni preocupado; ni siquiera se dignó disculparse o dar alguna justificación, pues eso habría significado reconocer el pecado.

Mi madre se limitó a cogermé de la mano y a arrastrarme fuera de la estancia, sin más explicaciones. Por el camino, eso sí, la oí murmurar entre dientes:

—Ya sabía yo que esto no podía acabar bien. Mira que me lo estaba imaginando. Pero ¡qué podía hacer yo, pobre de mí! Más nos vale que no se entere nadie.

Una vez en casa, me examinó de arriba abajo, sobre todo entre las piernas, con extremo cuidado y sin decir nada, como si buscara alguna señal o alguna clase de herida. Pero, por lo visto, no la encontró, lo que al parecer la tranquilizó un poco. Durante la comida, tampoco quiso comentarle nada a mi padre, pues debía de temer que, con el mal genio que se gastaba, sobre todo cuando bebía, que era casi siempre, intentara matar al cura de una trompada en la propia iglesia, de la que no era muy asiduo, todo hay que decirlo, para gran escándalo de mi madre y de los demás feligreses.

A partir de entonces, ya no volví más a la casa parroquial. Por suerte, yo ya sabía leer y escribir con cierta destreza, debido a que el sacerdote se había empeñado en su momento en que siguiera practicando y perfeccionando, cosa que a mí no me importaba y a él no le desagradaba; ahora conocía el motivo. En casa o en el campo, siempre que podía me pasaba muchas horas mejorando mi caligrafía y

leyendo los libros que el cura me había ido regalando, que eran muchos y muy variados, algunos de ellos poco recomendables para una niña o incluso para un clérigo, procurando, eso sí, que mi madre no me viera, ya que no lo aprobaba, y menos desde que descubrió las maniobras del cura, en las que, como dije, yo apenas había reparado, tal vez a causa de mi inocencia, de la que ese día desperté de repente, como si alguien me hubiera dado un buen sopapo.

Algunos años después empecé a trabajar como lavandera en las orillas del río Martín, con otras muchachas de mi edad, pues en mi casa hacía falta el dinero. Allí estaba uno de los principales mentideros del pueblo; el lugar en el que se intercambiaban chismes y rumores y se hacían algunas confidencias más o menos inconfesables. Mis compañeras y yo lavábamos la ropa de la iglesia y de un convento cercano, y un día me enteré con sorpresa de que mi caso no era único, ni mucho menos. La principal diferencia era que a ellas el cura no les había enseñado a leer y a escribir como a mí; en el suyo, se había limitado a regalarles algún dulce o a ofrecerles algún juguete para que se entretuvieran mientras él hacía sus cosas con toda naturalidad; al menos eso era lo que ellas contaban entre comentarios obscenos y risas burlonas.

Yo no les dije nada de lo mío, pues no quería que se mofaran de mí, ya que el hecho de que una muchacha pobre e hija de campesinos supiera leer y es-

cribir no estaba muy bien visto en mi pueblo natal, Blarney, en el condado de Cork, a pesar de que en su viejo castillo se guarda la llamada Piedra de la Eloquencia, que, según la leyenda, concede dicho don a todos aquellos que la besan, como hice yo el día en que me llevaron a verla. Hay que tener en cuenta que, para mi gente, la instrucción era cosa solo de hombres que vivían en la ciudad y de mujeres ricas y ociosas. De modo que, cada vez que se me presentaba la oportunidad de adquirir algún ejemplar o algún cuaderno con el poco dinero que no le daba a mi padre, debía comprarlo a escondidas, procurando que no me viera ningún conocido. Los libros, es cierto, alimentaban mis sueños, mi imaginación y mis ganas de aprender; sin embargo, yo me sentía como alguien a quien le hubieran otorgado algo muy valioso, pero que debía permanecer oculto, como si se tratara de una mancha infamante, tal vez porque lo asociaba, sin darme apenas cuenta de ello, a algo sucio y pecaminoso. Y eso, para bien o para mal, me fue haciendo diferente a las demás; ni mejor ni peor, aunque sí muy distinta a las otras.

El hecho de que fuera una monja católica la que, años más tarde, me enseñara los rudimentos de la lengua española, me abriera las puertas de la biblioteca del convento y me animara a seguir leyendo y escribiendo provocó que dejara de avergonzarme de todo aquello. Tanto es así que tal vez sea esa una de las razones de que ahora esté ofreciendo este humil-

de testimonio, naturalmente en inglés, aunque mi lengua materna sea, en realidad, el gaélico irlandés. No es que busque hacerlo público o darlo a la imprenta por dinero o por vanidad, Dios me libre de semejante pretensión. ¡Quién soy yo, además, para desear tal cosa! Lo que quiero, en primer lugar, es fijar mis recuerdos cuando todavía están frescos, ya que, de ninguna forma, deseo que se deterioren, se tergiversen o se pierdan en el olvido. Pero, sobre todo, me lo tomo como una especie de deber hacia aquellas que fueron mis compañeras de fatigas en la península, empezando por mi amiga Biddy, y especialmente hacia aquellas que ya no están aquí, para que su memoria siga viva en el futuro. Mas de esto hablaré luego.

De un tiempo a esta parte, cada vez estoy más convencida de que, en efecto, saber escribir es un don y un privilegio, aunque para obtenerlo tuviera que pagar un precio cuando era niña, y, por tanto, no estaría bien desperdiciarlo ahora que podría serme muy útil. Otros ya habrá que relaten las cosas a su manera, desde su punto de vista y, desde luego, mucho mejor que yo. Pero ninguno podrá contar aquello que yo vi, ni menos aún cómo lo viví y lo padecí, y las circunstancias que lo rodearon. No en vano la guerra afecta tanto a los hombres como a las mujeres, que, con mucha frecuencia, la sufrimos por partida doble, esto es, no solo como víctimas pasivas y vulnerables, sino también como participantes

activas a nuestro pesar. Sin embargo, las crónicas y los registros oficiales se olvidan casi siempre de nosotras. De modo que, si esta historia no la cuento yo, nadie va a hacerlo por mí, y, sin historias, no somos nada.